

CARTHAGINENSIA

Revista de Estudios e Investigación
Instituto Teológico de Murcia O.F.M.
Universidad de Murcia

Volumen XX
Enero-Diciembre 2004
Números 37-38

SUMARIO

ESTUDIOS

Stefano Cecchin

Texto y contexto de la Definición dogmática de la Inmaculada

Concepción 1-34

Elena Conde Guerri

Los sentidos salvíficos: María como oyente en las fuentes patrísticas de los primeros siglos

35-56

Antonio Gómez Cobo

La Virgen María en Leandro de Sevilla 57-108

Sebastián López

La principalidad de la Virgen en la experiencia cristiana de Francisco

109-132

Luis Pérez Simón

“O beata Maria, quae es habitatio Ecclesiae” 133-162

Guzmán Manzano

El Primado de Cristo y la Inmaculada 163-184

Rogelio García Mateo

La cooperación salvífica de María en la espiritualidad de Ignacio de Loyola

185-204

Francisco Henares Díaz

«Scriptura, ancilla theologiae» en la predicación inmaculista del Siglo de Oro. Fray Diego Murillo, OFM.

205-230

Pedro Riquelme Oliva

Luis Godínez OFM, teólogo murciano, en la corte real, al servicio de la Inmaculada en el siglo XIX

231-264



Francisco J. Gómez Ortín <i>Un poema inmaculista del P. Gascón en la Murcia del XVIII</i>	265-274
Francisco Martínez Fresneda <i>María propiedad de Dios</i>	275-304
José Luis Parada Navas <i>María, mujer fuerte. Perspectiva antropológico moral</i>	305-332
José Antonio Merino <i>Reflexión antropológica sobre la Anunciación</i>	333-342
Rafael Sanz Valdivieso <i>Crear y pensar en los Padres de la Iglesia</i>	343-374

NOTAS Y COMENTARIOS

Pedro Ruiz Verdú <i>Trinidad y arte. XXXIX Simposio de Teología Trinitaria</i>	375-384
Francisco J. Gómez Ortín <i>El San Francisco del Teológico</i>	385-394
Miguel A. Escribano Arráez <i>Pedro de Fátima Martínez Sastre OFM</i>	395-397
BIBLIOGRAFÍA	399
LIBROS RECIBIDOS	453
ÍNDICES	461

«SCRIPTURA, ANCILLA THEOLOGIAE» EN LA PREDICACIÓN INMACULISTA DEL SIGLO DE ORO. FRAY DIEGO MURILLO, O.F.M.

FRANCISCO HENARES DÍAZ

1. *Biografía, obras, contexto*

Fray Diego Murillo es una de las muchas figuras cimeras en su tiempo (nuestro Siglo de Oro), pero que los siglos posteriores han ido sumiendo en el olvido. Una calle en su ciudad natal (Zaragoza) aún recuerda su nombre, y algunos escasos estudios nos lo han acercado en épocas recientes, pero ahí acaba todo. Si además pertenece al mundo de la oratoria sacra, cuya investigación va cambiando poco a poco, pero de modo lento, comprendemos que el olvido corra a sus anchas.

Acerca de su bibliografía, sin embargo, existen dos excepciones: una importante, la del franciscano Atanasio López, hace más de medio siglo; y otra, la de V. Gómez Vichares, modélica, hace varias décadas.¹

Aquí pretendemos reseñar brevemente su biografía y obras, e inmediatamente adentrarnos en un tema apenas aprovechado en punto a la oratoria

¹ Cfr. A. LÓPEZ: "Introducción bio-bibliográfica sobre el P. Fr. Diego Murillo, OFM", en *Revista Bibliográfica y Documental* V (1951), 179-216. V. GÓMEZ VICHARES. "Fray Diego Murillo, OFM, poeta y predicador del Siglo de Oro", en *Primeras Jornadas de Bibliografía*. F.U.E. Madrid, 1977, 295-353. Son obras de bibliógrafos, pero que lógicamente no entraron en el estudio de la oratoria. También V. Bardaviu dedicó al fraile aragonés uno de los típicos discursos de la época, en la apertura del curso 1901-1902 en el Seminario de Zaragoza. Habla éste del influjo de Murillo en oradores notables de Francia en el siglo XVII. De los antiguos bibliógrafos, una fuente clásica es la F. Latassa y Ortín: *Biblioteca Nueva de los escritores aragoneses* (1798-1802). Vol. II, 206-210.

sacra áurea. Atañe al uso de la Escritura como *ancilla theologiae*, un uso muy especial, cuando se trata de la Pura Concepción de María. Pararemos mientes en ese uso plural de la Escritura, acecharemos razones que lo mueven, y echaremos de ver qué parénesis empuja el predicador, puesto que no en vano actúa como mediador entre teología y pueblo fiel. Demasiadas cosas, quizás para encastrar en un artículo. Urge, pues, la ayuda de la Virgen, como al finalizar cada exordio hacían todo los predicadores, con la plegaria hacia ella. Por ejemplo, el propio Murillo en ocasión de pelear en favor del dogma inmaculista: “Y pues hoy es día de guerra, pidámosla que para quedar con victoria y defenderla varonilmente nos administre el escudo de la protección de su gracia ofreciéndola para esto la oración del Ave-María”².

... ..

Para las fechas de nacimiento y muerte de Murillo se vienen barajando, desde que las diera F. Latassa, las del 1 de mayo de 1555, y la del 13 de agosto de 1616. Ocupa, por tanto, unas fechas decisivas para la oratoria sacra hispana, a caballo entre dos siglos, en su paso hacia el barroco. Fue Murillo una *vocación tardía*, como se decía impropriamente unos años atrás, y según se cuenta, convertido de pronto al oír rezar unos maitines en un convento franciscano, cuando volvía él de sus francachelas mozas, y ya era conocido como poeta en su ciudad. Entrado al convento fue ejemplo de vida devota, y más tarde desempeñó cargos de importancia en la Orden franciscana, como guardián en muchas ocasiones y distintos conventos de Zaragoza, definidor provincial en varios capítulos, lector de teología, y al fin, Ministro Provincial de Aragón. Se le otorgó el título de Predicador General de toda la Orden. Quizás un dato suelto habla por sí solo de su prestigio. Fue designado, con el célebre dominico Jerónimo Lanuza, para predicar en los funerales que la ciudad de Zaragoza tributó a Felipe II, en septiembre de 1598. No dispongo de datos fehacientes de la amistad con otros literatos aragoneses (los Argensola, por ejemplo), pero parecen lógicos. Lo cual le llevaría a contactar con el reino de Nápoles, con el célebre virrey Conde de Lemos y con el confesor de éste, el franciscano Diego de Arce.

La mayoría de las páginas que escribió pertenecen a sermonarios. Citemos algunos: “Discursos predicables sobre los evangelios que canta la Iglesia en los Domingos y Ferias desde la Septuagésima hasta la Resurrección

² *Serm. Adv.* 371.

del Señor” (Zaragoza, 1601), “Discursos predicables sobre los Evangelios que canta la Iglesia en los Cuatro Domingos de Adviento y Fiestas principales que ocurren en este tiempo hasta la Septuagésima” (Zaragoza, 1603), “Vida y excelencias de la Madre de Dios” (Zaragoza, dos tomos: 1610-1614).

2.- *Mediación, predicación, teología mariana*

Tratar del tema *Scriptura ancilla theologiae* guarda relación con el del predicador-mediador, porque no sólo importa la doctrina, más o menos escolástica respecto de la Inmaculada, sino las palabras que usará el que media, y sobre todo las artes retóricas de que se valdrá como mediador para adaptarse al público. En punto a esto, conviene atender a las clases de predicación. Salvo algunas excepciones, los sermones del Siglo de Oro que se conservan, son en mayoría los de predicadores de importancia, los de los púlpitos de ciudades con rango, es decir, la predicación culta, o casi. La predicación-mediación sencilla, sin embargo, se nos escapa. Contamos, además, con la dificultad añadida de que un sermón, actualmente reducido a texto escrito, no en todo se parece al oral que subió al púlpito, y ello debido a muchas interferencias en las que ahora no me puedo detener³. De todos modos, nos sirve esta pista: los grandes predicadores como Murillo, al publicar sus sermones pensaban en los pequeños, es decir, favorecían y aportaban materia para éstos, y editorialmente proponía esto las suficientes ganancias para poder editar y reeditarse. De hecho, la mayoría de los libros publicados en el siglo XVII son sermones estrictos, o disfrazados de libro de lectura espiritual. Quizás eso mismo acrece la importancia de los predicadores. De ella habla elocuentemente el propio Murillo, cuestión a la que dedicaré un próximo artículo. Se acuerda nuestro predicador de las personas nobles que han venido a menos y ahora carecen de hacienda, hasta el punto de que pone lástima el verlas. Se acuerda, por igual, de que hay personas alrededor que las ayudan y hasta trabajan con sus manos, o piden limosna con tal de socorrerlas. Advierte que algo similar pretende él en sus páginas, porque he aquí que existen otros que también son nobles:

“Estos son los predicadores del Evangelio que entre la variedad de estados con que el divino espíritu tiene hermoçada a la Iglesia, por ser la gente

³ Cfr. Francisco HENARES DÍAZ: *Fray Diego de Arce y la oratoria sacra del Siglo de Oro*. Instituto Teológico OFM. Murcia 2001, 471-494.

más insigne y señalada, pueden justamente ser llamados los nobles de esta República, Y entre éstos (como han llegado a ser tantos en número) hay muchos tan pobres que apenas tienen con qué sustentarse a sí mismos, siendo verdad que (como ahora decimos) el oficio que tienen les obliga a sustentar familias, según la nobleza y calidad de su estado. Y aunque a algunos parece que el remedio de esta miseria habría de ser quitar el oficio a los que no tienen caudal para sustentarlos, yo siempre he persuadido ser obra de la Providencia Divina haber muchos de éstos, porque como Dios ve que hay muchos que piden pan en su Iglesia, por este camino provee que haya quien le reparta, y algunos hay que con menos caudal de sabiduría, tienen más abundancia de espíritu y de otras gracias; los cuales aprovechándose de los trabajos ajenos, sustentan su familia más lucida y más gruesa que los que con más ciencia tienen menos espíritu para comunicarla. De esta verdad vemos tantos ejemplos cada día que sería superfluo buscar razones para probarla, porque la experiencia nos va enseñando que los predicadores tenidos por menos doctos son los que ordinariamente hacen mayor provecho en las almas”⁴.

Además de realista (no en vano compara dos hechos sociales muy vivos de aquella España imperial), nos permite adivinar, a la par, el juego de mediaciones que acoge el predicador: a) por una parte, el orador docto ya ha hecho su expurgo, quizás hasta ha antologado de otras antologías, silvas, flores, polianteas, índices de materias, tablas bíblicas, etc.⁵; b) por otra parte, el predicador menos docto, recibe ese aluvión; c) por último, tiene

⁴ Advertimos que en bien de una mayoría de lectores, adaptamos las grafías y signos de puntuación al castellano actual. Por otra parte, a Diego Murillo le preocupó hondamente el tema del predicador, y hasta llegó a preparar toda una monografía sobre ello, que o no se publicó, o se ha perdido. Una especie de “Instrucción a predicadores”. En el prólogo a sus *Discursos sobre las festividades de Jesucristo* (1607) dice que piensa sacarla a luz “dentro de algunos días”. Su tono podemos adivinarlo por páginas sueltas de otros sermones. Por ejemplo, el de S. Ambrosio, o el de S. Andrés. El lema de la festividad (*os haré pescadores de hombres*), o los dos sermones del martes de la II Semana de Cuaresma, le ponen a tiro briosas reflexiones. En el de S. Andrés expresa que para pescar se requieren tres cosas: buenos aparejos; industria y arte de parte del pescador; buena dicha en la ejecución. Ando yo preparando un trabajo sobre todas estas *Retóricas fuera de las Retóricas*. Una fuente, pienso, poco investigada.

⁵ En la primera obra que escribe Murillo (*Instrucción para enseñar la virtud a los principiantes y Escala para la perfección evangélica*, Zaragoza, 1598) ya avisa en portada: “con dos índices copiosísimos, uno de los lugares de la Sagrada Escritura, y otro de materias que sirven de lugares comunes para predicar”. Provocar materia, y facilitar el uso de ésta era uno de los empeños más socorridos. Hace lo propio el también franciscano Antonio Álvarez, que escribe su conocida *Sylva espiritual*, “intitulada Miscelánea por tratarse en ella cosas

éste que hacer luego su propio expurgo, y su acople retórico ante un público de cuantía doctrinal menor, pero quizás con piedad fácil y con religiosidad más popular, que se mueve por conductos no en todo semejantes a los de la gran ciudad.

Desde estas perspectivas, los sermones de la Inmaculada son siempre venero, aflorando aguas muy plurales. Ocurre, por añadidura, que Diego Murillo es uno de los predicadores del Siglo de Oro que más páginas han dedicado a la Virgen María. Publica una obra en dos tomos divididos en tratados. La titula. "Vida y excelencias de la Madre de Dios". En Zaragoza (1610) aparece el primer tomo, que contiene once tratados, divididos en *discursos* a los que va poniendo título a cada uno. Lo usual en los discursos es hacerse eco del lema del evangelio de la fiesta que se celebra, e ir comentando algunos versículos. El segundo tomo sale a luz en 1614, y comprende 16 tratados. El texto, a dos columnas, ocupa 915 páginas en el primer tomo, y 1042 en el segundo. De estas casi dos mil páginas marianas, 145 están dedicadas a la Inmaculada. En el tomo primero convierte muchas páginas en un largo *tratado*, dividido (es un *novenario*) en *discursos*, que remata con un sermón. Este matiz merece reseñarse, puesto que los *discursos predicables*, aunque miran a la predicación obviamente, se mueven con un talante no tan estricto de púlpito como el sermón ahí presente. Con lo cual se aprecia ese terreno movedizo de publicaciones a caballo entre el sermonario y el libro de devoción y formación espiritual, típico del momento. Muchos sermones publicados entroncan con los de formación. Dígase lo propio de las *Misceláneas Predicables*. No estamos ciertamente ante un género propio, pero anotemos que tampoco se trata del sermón sin más.

Otro tanto ocurre en Murillo con los sermones de Adviento: "Discursos predicables sobre los evangelios que canta la Iglesia en los Cuatro Domingos de Adviento y Fiestas principales que ocurren..." (Zaragoza, 1603). Figuran ahí dos sermones sobre la Inmaculada, con un total de 80 páginas.

Finalmente, como dato mariano del autor, agreguemos las casi 300 páginas que dedicó a la "Fundación milagrosa de la capilla Angélica y Apostólica de la Madre de Dios del Pilar y Excelencias de la Imperial Ciudad de Zaragoza" (Barcelona, 1616). No me detengo en otras obras que publicó, ni en las muchas ediciones y traducciones al francés, al italiano, y aun al latín.

diferentes y diversos propósitos". Avisa también: "con dos índices muy copiosos. A la vuelta de la hoja hallarás las materias que contiene este libro..." Cfr. la edición de 1603, en Salamanca, por Artus Taberniel. La *Miscelánea* era un género que se extendía. El mismo Diego de Arce acoge bajo un título semejante la mayoría de su obra concionatoria. Autores todos, como se ve, de fechas muy similares.

A propósito de la Inmaculada, quizás por recelos de estricta terminología ante posibles polémicas, quizás por ser fechas en las que el sermonario clásico va saliendo del latín y se echa hacia el romance, Murillo deja caer que conviene más el latín para esta predicación, pero se trata de una contradicción, puesto que a las claras nos dice, en el Prólogo a sus sermones cuaresmales, que si “la gente no entiende otra lengua, sino la suya propia, es muy puesto en razón que se humillen los hombres doctos a escribir en lenguaje que el vulgo entienda...”⁶.

Apuntemos esto otro: el uso de la Escritura por doquier, así como las citas de Santos Padres, empezaban a hacerse tediosas, si no se producían con tino. Conforme avanza el siglo XVII la comprobación es innegable. No habrán tenido poca culpa en ello las citadas polianteas y florilegios. Tal facilidad de colección traía, por el lado contrario, un no ir a las fuentes, al menos tanto como se debería. Trabajar de segunda mano, y pasarse del justo medio en las citas quedaba al acecho. No es raro, por tanto, que un testigo agudo de la oratoria de mediados del XVII - el jesuita José de Ormaz- pida al predicador que asimile con anterioridad lo leído para ser convertido en sustancia propia, y utilizarlo luego poniendo cada cual de su cosecha. Consejo a todas luces apropiado⁷. Esa sospecha de la segunda mano crece si echamos de ver que tanto en el siglo XVI como en el XVII, ya no era tan difícil la consulta de esas sentencias, repertorios, adagialia, silvas, alegorías de toda la Escritura⁸.

En este trabajo, que podría hacerse extensísimo, nos divertiremos sólo hacia algunas estructuras retóricas enlazadas con la teología. Por eso, no resultará extraño que parágrafos como el *exemplum*, el *símile*, los *dialogis-*

⁶ *Discursos predicables sobre los evangelios de la Quaresma desde el Domingo de Pasión hasta la Feria Tercera de Pascua de Resurrección*. Zaragoza 1611. Murillo pertenece a esa pléyade de predicadores de final del siglo XVI y principios del XVII que entonan un canto a la lengua romance, y lo que es mejor: la practican y perfeccionan desde lugar tan elocuente como el púlpito.

⁷ Cfr. *Censura de la elocuencia*. Zaragoza, 1648. Existe edición reciente con notas de G. Ledda y V. Stagno. Ed. Crotalón, Madrid, 1985. Para la disputa de Ormaz con el también jesuita Valentín de Céspedes, cfr. V. de Céspedes (alias Juan de la Encina): *Trece por docena*. Ed. de F. Cerdan y J. Laplana. Ed. Presses Universitaires du Mirail. Toulouse 1998.

⁸ Cfr. Sagrario LÓPEZ POZA: “Florilegios, polianteas, repertorios de sentencias y lugares comunes. Aproximación bibliográfica”, en *Criticón* 49 (1990) 61-76. El sugerente catálogo que publica (unas 170 obras) son sólo una parte de cuanto existe. De manera más o menos expresa en los propios títulos que pueden darse, vemos obras semejantes (espejos morales, por ejemplo). Hace bien la autora en quejarse de la falta de una bibliografía actual al respecto. Los humanistas cultivaron estas fuentes del saber y facilitaron mucho la *inventio* y la *compositio* de los sermones.

mos, la analogía, las alegorías, los *sensus*, etc. compongan páginas abundantes. Creemos que tal sistemática ayuda, y no empece ni la Escritura, ni la teología.

Alumbraré, de principio, el tema de la Escritura como *servienta de la teología* con una visión más general de todo ello, pero a partir de un sermón de la Inmaculada, publicado en 1603. Como es usual, el predicador parte del evangelio de la misa de la Inmaculada: "Liber generationis Jesu Christi..." (Mt 1). Vemos en las primeras páginas un uso de la Escritura que podríamos llamar escriturísticamente correcto, y de inmediato otro, no incorrecto, ciertamente, pero sí con otras adherencias de lleno en lleno. En una llamada *introducción*, que prolonga el exordio, el orador se abraza a Mt 1, y como buen retórico monta una larga comparación válida no sólo para la teología, sino para la historia de las mentalidades. Se refiere a la honra en la España del Siglo de Oro. Expresa ahí que Mt 1 procura sacar la limpieza del linaje de Jesús, Hijo de Dios, y quiere probar, además, el evangelista las partes que concurren para ello. Al igual que con los caballeros de Alcántara o de Santiago, aquí se da hábito y cruz a quien lo pretende, es decir, se hacen entonces mil diligencias y gastos con tal de probar la limpieza de sangre que se ostenta. Tan estricta es la forma que nadie se contenta con uno o dos testigos, sino muchos, y no de parte sólo de padres, sino también de madre "revolviendo escrituras y memorias de hombres para que con mayor claridad y firmeza conste de la verdad".

La comparanza se desbroza así: Cristo vino a tomar el hábito de nuestra humanidad y la cruz de la encomienda de nuestra redención. Dios y hombre verdadero. Aquí está el tomador de las pruebas: Mt 1. Lo correcto entonces es que haya testigos. Uno es Pablo (Filp 2, 7-8): "in similitudinem hominum factus et habitu inventus ut homo". Ahora Murillo apostrofa a sus fieles oyentes: "veis ahí el hábito", y cita de corrida la Carta de los Hebreos: "proposito sibi gaudio, sustinuit crucem..." Añade: "veis ahí la cruz". El hábito -sigue diciendo- cubre de tal modo el cuerpo que apenas deja ver la humanidad de un caballero debajo. Y es que la persona divina de Jesucristo "de tal manera se cubrió con la humanidad que lo que menos se echaba de ver en Cristo era lo que tenía de Dios, tanto que pudo decir un Profeta: *vere tu es Deus absconditus* (Is. 45, 15)".

Con las típicas preguntas retóricas, ahora interpela el predicador al público: "¿Queréis ver cómo tomó la cruz?" Y cita el mentado versículo de la Carta a los Hebreos: "sustinuit crucem". Dicho en plata:

"Determinó de tomar la cruz y ponerla en sus pecho como lo suele hacer el caballero, que aunque le ponen delante los trabajos que se le pueden ofrecer, tomando la cruz de la encomienda que emprenden; considerando la

honra y provecho que se le sigue, se determina de tomarla y hacerse Comendador. He ahí la glorificación del Cuerpo de Cristo, la exaltación de su nombre, y otras cosas de ese jaez”⁹.

Que venga de seguida la cita de “In principio erat Verbum...” sucede para que oigamos esto: “Haga San Juan la información de parte de padre y saque en limpio que Cristo en cuanto al Padre es verdadero Dios...” Y Mateo haga la de parte de madre y pruebe ser verdadero hombre, desenterrando su linaje hasta llegar a Abraham, es decir, mirando al *Liber generationis*.

Fácil es comprobar que ahí no parece la Escritura una *ancilla theologiae*. Más bien acuden los textos bíblicos al compás de un símil de la vida cotidiana de la época. No desencajan entrambas cosas. En cambio, el sermón de la Inmaculada prosigue luego con varios discursos (más pasto para futuros predicadores), y en los discursos VII y VIII, Murillo se embarca en esto otro desde el propio título: “En que la pureza de la Inmaculada Concepción de la Virgen se prueba con algunas figuras del testamento viejo”. Lógicamente, no saca todo eso el orador de su propia cosecha, puesto que los tipos-antitipo corren por la Patrística, por los Santos Doctores, por la liturgia, en la propia Escritura. Por ejemplo, en Rom 13 se afirma que el primer Adán fue forma del Adán futuro. Pero veamos la pronta consecuencia: “De aquí se sigue que aquella tierra de que Dios formó el cuerpo de Adán primero fue figura de la Sacratísima Virgen”. Y explica: en Adán concurrió Dios y la tierra. En Cristo, sólo Dios y la Virgen. Además, aquella tierra era virgen cuando Dios forma a Adán. En Cristo también María es Virgen y si aquella no produjo por obra de varón, también tal ocurrió en María.

De una relectura de palabras del salmo 84 (*Benedixisti Domine terram tuam*) dice Murillo que “de la madre de Dios han de ser entendidas”. Y el versículo (*veritas de terra orta est et terra dedit fructum suum*) a lo mismo se acogen. Otros alumbramientos parecidos surgen:

“Vos sois la tierra sacerdotal, pues nació de vos el gran sacerdote Cristo, según el orden de Melquisedec. Y pues la tierra de los sacerdotes la hizo Dios libre de pagar pecho, no tienen razón los que os quieren hacer pechera. Antes es cosa indigna de vuestra santidad y merecimiento decir que pagó pecho al demonio la que dio pecho a su mismo Dios”.

Obsérvese el contrapunteo conceptista (pecho-pechera, dar pecho) con la inmersión en la exultación (“Oh Virgen purísima! O tierra soberana y bendita!”). Todo bañado con diálogo de buen retórico frente a la Virgen en

⁹ *Serm. Adv. 373.*

estos discursos VII-VIII. Vemos aquí que el uso libérrimo de la Escritura guarda una función justificativa desde otras perspectivas, aunque a alguien pueda extrañar desde una exégesis más rigurosa de aula como es la actual.

He querido presentar este primer panorama como un preanuncio, porque nos ha de valer para páginas siguientes. Detengámonos por ahora sólo en el tipo-antitipo con Eva-Adán, puesto que tendremos ocasión de advertirlo también con otros personajes del Antiguo Testamento, pero no sin antes citar la justificación del propio predicador: "Haciendo, pues, conferencias entre María y aquella tierra, hallaremos que convienen en muchas cosas, y que corresponde muy bien lo figurado a la figura". He ahí la clave: figura-figurado¹⁰.

3. La importancia del *exemplum* y el *Liber generationis* (Mt 1)

En primer lugar, paremos mientes en que esa *Scriptura ancilla* se derrama -¡harto no fuera!- en la oratoria sacra áurea por las vías del llamado *exemplum*. Y en concreto, en el *exemplum* bíblico. La razón es no sólo retórica (el ejemplo de por sí ocupa un puesto preponderante en la oratoria de todos los tiempos), sino de buscada parénesis, además de consignas de la tradición patrística y conciliar. En Murillo, efectivamente, la preponderancia del *exemplum* bíblico es una obediencia a los consejos tridentinos acerca de la predicación sacra. No lo es menos por una convicción: la de que es entretenido, ayuda a la atención del público. La Historia Salutis es una historia de ejemplos de todas clases.

¹⁰ Argumentaciones y construcciones parecidas vemos en el sermón del Nacimiento de Cristo (*Serm. de Adv.*, pp. 196-197): *peperit filium suum* (Lc. 2). En alarde ingenioso empuja a que ese *suum* diga mucho más de lo que parece. Por ejemplo, añade que no fue dicho ese *suum* de forma parecida a su prima Isabel con Juan Bautista, aun siendo la expresión similar. En la generación de otros seres, tanto padres como madres nos dice, son "padres a medias", en verdad; pero en Cristo "la Virgen hizo lo uno y lo otro": ella dio el crisol y juntamente administró los materiales, entregándolo en las manos del espíritu Santo..." A renglón seguido pronunciará la famosa descripción de que salió Cristo del vientre de María "a la manera del sol, que no sólo no corrompe las cosas por donde pasa, pero las perfecciona y llena de luz. De aquí se sigue que el parto de la Virgen fue sin dolor..." (pág. 197). Una tradición esta que corre por la liturgia (responso del Oficio de la Circuncisión) y por Gregorio Niseno, Damasceno, etc. Lo que podría ser sólo un *theologicè certum* se aúpa ahora a lo más alto: "De aquí, apunta el orador, queda confirmado un artículo de fe muy propio de esta festividad". Apuntemos a lo primero que nos trajo a este *excursus*: todo empezó por un *suum*. Ciertamente, la *Scriptura ancilla* da para mucho, si la *inventio*, la *compositio* y la *dispositio* son esencia de un sermón.

Lo cual nos ayuda ahora a nosotros a propósito de estas dos convicciones: una, que a diferencia de Roberto Ricard¹¹, a nosotros nos interesa y mucho el *exemplum* bíblico, por más que el interesante investigador diga que para él “tiene menos interés”. De otra parte, su uso nos sirve también para comprobar la exactitud o no de lo afirmado por otro investigador (J. Th. Welter) quien hablaba del declinar del *exemplum* a partir del siglo XV, frente a su abundancia medieval. ¿Incluía ahí el *exemplum* bíblico también?¹²

El predominio del *exemplum* bíblico en Murillo no basta para que acuda también él, en sus páginas de la Inmaculada, a algún otro de tipo culto, tomado de la clasicidad grecorromana. Es un hecho que los consejos de Trento no cegaron la vía y el uso de muchos *ejemplos* entresacados de fuera de la Biblia, sobre todo en la predicación culta, donde había que acreditar la formación del orador sacro. Y éste se pagaba de ello más de una vez.

Los sermones de la Inmaculada, empero, son un almacén del *exemplum* bíblico. Lo favorece, ciertamente, la liturgia de la Palabra. El tema de Mt 1 omnipresente en el evangelio de la misa de la Inmaculada, da alas al predicador, y no sólo por las personas de la Historia de la Salvación que ahí se traen a colación, sino de otras que se prestan por asimilación. Se evidencia eso mismo en la fiesta de la Natividad de la Virgen, cuyo lema evangélico es el idéntico de Mt 1.

Ante un texto así, vemos cómo funciona la *inventio* de Murillo. En el exordio del sermón pide gozo y alborozo por la fiesta de la Natividad de María, y de inmediato comienza a cuestionarse sobre cómo la Escritura muestra a dos figuras insignes quejándose precisamente del día de su nacimiento. Ya tenemos ahí, en medio del púlpito, a Job y a Jeremías. Maldicen éstos su *dies natalis*, pero porque saben que van a entrar en un mundo de pecado; no lo hacen por quejarse de Dios en quien confían. Enseguida, el orador se pregunta retórico (sabe de antemano la respuesta) si el pueblo de Dios no se alegraba por el nacimiento de una Ester o una Judit. “Nosotros los fieles -escribe- mil causas tenemos de regocijarnos, porque nos nace el Aurora; nos parece la Luna, y se nos descubre el Sol, que desterrará las tinieblas del mundo”. Vemos, pues, que una treta retórica (la *quaestio*) ha servido para dar entrada al *exemplum*, es decir, el de personajes bíblicos.

¹¹ Cfr. *Estudios de Literatura religiosa*. Ed. Gredos, 1964, 2002.

¹² Cfr. *L'exemplum dans la littérature religieuse et didactique du moyen âge*. Paris-Toulouse, 1927, 449-452. Distingue cuatro clases de *exemplum*. El profano (greco-latino); el bíblico; el devoto de las *Vitae Patrum*; y el de carácter maravilloso, con su moraleja al canto.

Insistimos en que el *Liber Generationis* es almacén de Historia Salutis: Abrahán, Jacob, David, María, *de qua natus est Jesus...* Pero más aún es fuente para una homilía que busca su “hoy se cumple a vuestros oídos cuanto acabáis de escuchar”. Veámoslo: entre las muchas páginas inmaculistas de Murillo, existe un sermón que guarda más esa forma oratoria que los *discursos predicables*. El sermón tiene lugar en la fiesta solemne de la Inmaculada en Zaragoza, y por tanto, se ha congregado allí la nobleza. Por atravesarse al público (*captatio benevolentiae*) y también por convicciones propias, desde el exordio alaba a la nobleza y caballería del Reino. Justifica con tres razones la alabanza: 1.- Por ser fiesta de Reina, la que se celebra, la gente ilustre debe celebrar las fiestas de las personas reales. 2.- Se trata de desagaviar a la Doncella María, porque siendo noble, hay quien la quiere hacer pechera, debiendo pagar tributo de pecado original; y salir en defensa de agraviados (y más si son mujeres) es empresa de pechos nobles. 3.- El evangelio de hoy es un epílogo de la nobleza del linaje de Cristo.

Hilos tan bien trenzados proponen un texto en el que vemos toda una historia de las mentalidades que asimila nobleza humana con divina, que apela a movilizarse, y que aporta un talante de la fiesta de la Concepción (debatida entonces, definido dogma desde 1854). Pero por si la parénesis pudiera derivarse sólo hacia la nobleza, agrega el orador que María se precia de ser madre de pobres, ella que es hija de Reyes¹³. De ese modo, dice, la causa de hoy, es *causa universal*. Con lo cual, una vez más el sermionario es fuente de historia de las mentalidades. Olvidada con mucha frecuencia, por cierto.

Investigando en las entrañas del texto de Mt 1, Murillo se alegra de evangelio tal, porque en él vemos no sólo una lista de reyes, sino también de pecadores. Para nosotros -expresa- es orgullo ver a María con la noble-

¹³ Es curioso cómo se debate el predicador entre una mentalidad burguesa y un amor por los pobres (nota muy propia de esa Iglesia barroca). Me refiero a cómo intenta justificar él – cual si fuera baldón- que la Virgen y sus padres no pertenecieran a una clase social pobre. Dice por el contrario: “antes tuvieron más de lo necesario para pasar la vida con abundancia” Tal nota (ante caballeros oyentes nobles) tiene escasa probación, pero la busca aludiendo a que por ley judaica debían volver las heredades y bienes a sus dueños, si se malograban, en especial en el año del jubileo. Queda, por tanto, a salvo que siempre estarían socorridos Joaquín y Ana, nos dice. El detalle parece baladí, pero no se olvide que aun eso mismo podía ser aprovechado por los herejes como rebajamiento de la familia de la Virgen, si es que los padres eran considerados como pobres, según allí mismo se expresa. Interesante, en fin, la parénesis que de esto surge para una iglesia llena de fieles. Estamos ante un espejo ejemplarizante. Joaquín y Ana hacían tres particiones con sus bienes: una, para el templo y sustento de los ministros de éste; otra, la gastaban hospedando pobres y peregrinos; y otra, en necesidades propias. Y efectivamente, lo sustenta con la cita de 2 Cor 8, 13-14.

za, pero es consuelo verla entre pecadores. Y puesto que el sermón acontece en ciudad como Zaragoza, la *inventio bíblica* le lleva al salmo 86 (*ciudad para nacer en ella el mismo que la fundó*). Los *sensus plenior* y otros acomodaticios remontan ahora la Escritura, porque esa ciudad es Jerusalén, ciertamente, pero es también la Iglesia, pero es igualmente María (hay Doctores que la aplican a María, agrega el predicador circumspecto). Caminando a una con el símil de la ciudad y el Dios-Arquitecto, trenza Murillo unas páginas hermosas en las que el sentido figurado se cobra un capital. Vamos a asistir al encuentro del *exemplum* con la *similitudo*, cosa natural. En ambos se dan los términos de comparación y comparado. Y esos dúos van ayuntados a la Biblia en nuestro caso. Por eso, prosigue a la vera del salmo 86, que dice de la ciudad: *fundamentum eius in montibus sanctis*, es decir, se escoge la cumbre de unos montes para los cimientos. Varias ponderaciones ofrece esto, añade el predicador: ¿por qué santos y no altos los montes? Porque más busca santidad que altura de linaje. Ha sido rápida la parénesis. Prosigue. ¿quiénes fueron los montes? Los profetas, los patriarcas, los reyes, de quienes tuvo su descendencia la Virgen (cita del franciscano Alejandro de Hales, en efecto), es decir, todo el catálogo de personajes bíblicos. Sigue el símil: para los cimientos se abren zanjas, se saca la tierra muelle, y se cava hasta llegar a tierra firme, y en lugar de tierra muelle se ponen “piedras fuertes labradas con arte”.

Y ahora entra el *exemplum* bíblico como adherido: tal hizo Salomón con el Templo (3Re 5,17). El símil aterriza pronto: ¿qué podría hacer Dios en ciudad cuyo artífice quería ser Él mismo? Elegir montes de santidad y en ellos echar los cimientos. Después saca Dios la tierra muelle, porque no cualquier santidad es buena; para cimiento se exige una firme y sólida; y como la muelle tiene mezclas de zaborra y ripios, Dios no se conforma, busca perfección suma. Por tanto, ahí “arrojó la primera piedra fundamental que es la Concepción de su Madre Santísima, acompañándola de otras piedras preciosas de gracias y excelencias y de virtudes”. El largo símil del Dios-Arquitecto se adentra luego por las puertas de la ciudad (cfr. el salmo 86, 2), que en la Virgen (y en todos los fieles; de ahí la parénesis propia) “no son otra cosa, sino la caridad, y caridad con que da entrada a todos los pecadores”. Vemos luego que toda esa Escritura va teledirigida a unos fines, es decir, a los loores de María: “gloriosa dicta sunt de te Civitas Dei”. A esta ciudad, como de refugio, acuden todos los pueblos (Tiro, Egipto y los *alienigenae*, dice). Le viene al predicador, como rodado en este momento, volver sobre un *leiv-motiv* de Mt 1: el evangelio de hoy propone montes santos: un David, Abraham, Isaac, Jacob, pero también una Tamar incestuosa, una Raab ramera, una Rut extranjera, porque para refugio de pecadores (S. Jerónimo dixit) se fundaba esta ciudad santa.

Se convierte el sermón en una gran *digressio* sobre tal ciudad del Salomista. La comparanza con ésta intenta otro paso. Si el artífice de la ciudad es Dios, ¿qué fin buscaba? Contesta con otro *exemplum*, no bíblico esta vez: puesto que quiere morar en ella, las historias humanas suelen mostrar a reyes que hacen exenta a una ciudad. Por dos privilegios que quedan como razones: por haberlas ellos fundado; o por haberle nacido algún hijo en ellas. Uso peculiar del salmo 86, 5: *homo natus est in ea, et ipse fundavit eam altissimus*. En María se conjugan ambos privilegios. Y salta la argucia del retórico: hemos de decir, por tanto, o que Dios no fue tan liberal con su ciudad, como son los reyes; o “confesar que la hizo libre de pagar tributo al demonio, pues estuvo en su mano el dejar de hacerla pechera”. Argumento para la Pura Concepción de María, que prosigue bajo el símil de la ciudad: todos los reyes que edifican ciudad notable, la cercan de buenos muros, sobre todo si es para vivir en ella. Como se ve, Murillo va arrimando el agua a su molino inmaculista hilando fino. En el margen de la página 115, escribe: “*alia ratio in confirmatione purissimae Conceptionis*”. Ocurrencia que da entrada a dos ejemplos bíblicos: el rey de los medos edifica con ese criterio la ciudad de Ecbatana (Judit 1, 29); con Nínive y Babilonia sucede otro tanto.

Así, pues, Dios fue el muro de su ciudad, y el que guardó a la Virgen. No pudo entrar el enemigo en ella, ni siquiera con el pecado original. Recoge el predicador un texto de Isaías (26,1) que le cuadra en su expresión más externa: *Salvator ponetur in ea* (en la ciudad) *murus et antemurale*. En esa ciudad, que es María, tomó carne el Salvador, y éste le había de servir de muro y antemuro. La poliorecética teológica hace aquí su agosto con hermosos trazos¹⁴. Obsérvese cuán trabado ha ido todo hasta ahf. El salmo 86 se convierte en un juego poliédrico de loores de María y de su Concepción Pura. Muy leve, por cierto, este hilo de Purísima, sólo justificado al trasluz de una tierra que no se quiere muelle, recordémoslo. Si no para argumentar demasiado la Pura Concepción, la ciudad, sin embargo, se constituía en elogio pintiparado de María. Los *sensus* de la Escritura se entienden desde nuestra distancia posterior, ciertamente, ya que admiramos a María en sus

¹⁴ “Yo confieso que este muro fue aportillado en la cruz, cuando fue llagado por industria del enemigo, pero aquellos portillos no solamente no sirvieron al enemigo de entrada, pero aun en ellos estuvo la defensa de este ciudad para que no llegase a ella el pecado; pues particularmente se recibieron por preservarla” (pp. 117-118 de *Vida y Exc.*). Obsérvese de paso cómo los sermones recogen la historia de la época en la guerra defensiva y ofensiva de una España imperial, y la aplican luego a la vida espiritual. Un tema anchamente aprovechado por los sermones y los libros de ascética.

advocaciones de siglos posteriores, aquí traídas: *Purísima*, *Refugio de pecadores*, *Mater amantísima*, etc. Todo ello nos retrotrae, como en moviola, *visualizando* un salmo, que no fue escrito al pie de la letra para todo lo aquí desarrollado. Visualizar el salmo (arquitectura a lo divino) aparece como un gran juego teológico y retórico. Excesivo parecerá a más de uno. Sin embargo a esto sirve: al culto a María y a la imitación de las piedras preciosas, sólidas que conforman su vida. El viaje, entonces, no nos parece tan inútil. El mediador-orador cumple su cometido. No en vano en uno de los sermones de la Inmaculada, Murillo habla de tres argumentos que justifican el uso de la Escritura: 1.- O porque la aplicaron así los Santos Padres y Doctores. 2.- O porque los textos los acomoda así la Iglesia a la Virgen en la liturgia. 3.- O por ser muy conformes a razón¹⁵. Y como saliendo al paso de las pegas acechantes, escribe que si en la Escritura el sentido literal de ésta “nos dijera distintamente que la Virgen no fue concebida en pecado, es cosa certísima que no estuviera este negocio en disputa entre los fieles [...] y así pensar que es mi intento traer lugares de la Escritura que literalmente confirmen nuestra opinión, es imaginar una cosa que está lejos de mi pensamiento”. Había que tapar las sonrisas de los negadores del futuro dogma inmaculista, pero que ofrecía polémica en el Siglo de Oro. Por lo mismo, en ese sermón, aprovecha rápido la epístola de la fiesta de la Inmaculada (Prov 8, 22-23), y con el mismo juego retórico se planta así ante tal texto: a) No toma a la letra el entono ahí mostrado con la Sabiduría; b) Sí lo toma como que ahí se habla de la Sabiduría de Dios encarnada en Cristo; c) Pero, al fin, las aplica a la Virgen. Más aún: dice que esas aplicaciones parecen “cortadas” para María. No falta el símil en apoyo: *un vestido cortado para un gigante no puede venir al justo, sino al que sea tan grande como él*. En favor de María, añade: “argumento es de que tiene cierta manera de infinidad, porque de otra suerte, no pudieran dejar de venirle muy largas”. El hervor popular se ayunta con los argumentos.

¹⁵ Cfr. *Serm. Adv.* 433. El argumento tercero, de todos modos, es el que arrastra a los desafíos retóricos. En nada desdican éstos del “De María numquam satis”, puesto que desatan toda una fantasía, aun desde aspectos puramente literarios. La misma *comparación* y el *exemplum* no son sino *amplificaciones*, y por tanto enlazan con la *digressio*. En este caso, bañadas tales figuras retóricas por la Biblia. Pero he aquí que todo ello se ve natural, aun con tantas *amplificaciones*. No se tiene conciencia de que se está minando la unidad de la pieza.

4. De la metáfora y la similitud en concierto con la Biblia

He escrito en otro lugar¹⁶ hablando de los predicadores áureos, lo siguiente: “Por voluntad semántica era de esperar, a la vez, que las relecturas bíblicas no se hicieran bajo una sola óptica. De ahí que desde la misma Iglesia Primitiva y la Patrística posterior, el sentido literal no sea ni único, ni quizás el más importante en la predicación homilética que llega al pueblo”. En efecto, la metáfora, en razón de la *similitudo* nos va a deparar abundante material acerca de la Virgen, a partir de los distintos *sensus* de la Escritura¹⁷. Me refiero a cuando el *exemplum* bíblico se monta sobre lo que llamamos tipo-antitipo (Adán- Cristo; Eva-María). El juego de correspondencias tiene su cepa en la *similitudo*. De nuevo, cuenta ahí una tradición cristiana, y una imaginación aprovechada por el orador. Analogía y metáfora andan de por medio. Dijimos páginas atrás que Murillo dedica trancos expresos a ello, además de las muchas páginas donde acá y acullá salta tal retórica. Uno de estos sitios lo tenemos en el *discurso predicable* acerca del *Nombre de María y sus excelencias*.

Con un estilo que vemos también en otros escritores de su época, divierte los pasos hacia el agua (bíblica) del pozo onomasiológico. Alude a las cinco letras del nombre de María. En la M ve a María hermana de Moisés, virgen fue y entonó un Cántico; ella guardó a Moisés para sacar a Israel del cautiverio; la Virgen guarda en su seno a Cristo, el Salvador del mundo. En la A escruta a Abigail, hermosa y discreta; enojado David con Nabal, supo aplacar su ira; la Virgen es súplica continua ante Dios. En la R nota a Raquel, madre de José, el perseguido por sus hermanos, y al fin, redentor de la cautividad de Egipto. En la I nos entra Judit, valerosa, que corta la cabeza del enemigo, con tal de librar al pueblo; la Inmaculada aplasta la cabeza de la sierpe. Y, por último, en la A, se presenta la doncella Abisag, elegida entre todas las mujeres para dormir en el seno de David; el Rey de los reyes se recostó en el seno de María Inmaculada. Parece todo una presentación de personajes al principio de una obra dramática (*dramatis personae*)¹⁸.

¹⁶ Fray Diego de Arce... o.c. 595.

¹⁷ El dominico Celas Spicq llegó a distinguir hasta ocho sentidos a través de la Biblia, aunque hayan prevalecido, desde la Edad Media, cuatro, que se tienen por clásicos. Cfr. *Esquisse d'une histoire de l'exégèse latine au moyen âge*. París 1944, 24. A. COLUNGA. “Los sentidos de la Sagrada Escritura y las leyes de la hermenéutica”, en *La Ciencia Tomista* 35 (1926) 217-234. Sigue siendo una buena panorámica de todo ello la voz “Exégèse” en el clásico *Dictionnaire de théologie catholique* (Dir. E. Mangenot). París, 1913, T. V, 1744-1745.

¹⁸ Cfr. *Vida y Excel.* 246-247. La Patrística – con S. Agustín, S. Jerónimo, entre otros– aúpa esa convicción, y ya sabemos cuánto inculcan las Retórica Sacras (la de Fray Luis de

Notemos que este escondite de tipo-antitipo entraña, por otra parte, un didactismo del mediador, es decir, a un pueblo que no puede ni sabe leer la Biblia, bueno será que alguien se la dé en retazos. Y ese alguien es el predicador preferentemente. Por eso, vemos que las letras del nombre de María se convierten en un trayecto para repasar el Antiguo Testamento, es decir, una serie de nombres y una serie de acontecimientos salvíficos.

5. *Del aprovechamiento dialógico de la Escritura*

Venimos hablando de la trabazón entre Retórica y Escritura al servicio de una religiosidad cristiana concreta. Textos abundantes de esa textura dialógica provienen de los Salmos y del Cantar de los Cantares. Por supuesto, también de otros encontradizos, cuando el predicador los busca adrede. Detengámonos en esta pedagogía, que tiene que ver con el púlpito, pero por lo mismo con el actor y toda la *elocutio*, en especial cuando esos textos se construyen para ser dialogados. En el Siglo de Oro barroco no hay púlpito sin esa teatralización. Naturalmente, al servicio de una determinada teología postridentina. Es consciente el predicador de que sólo la argumentación fría, o la exposición doctrinal abstracta apenas puede decirse a la masa de fieles sin algo de tedio. La didáctica doble ahora proviene, por un lado, de poner en medio la Escritura, pero, por otro, hacerla atrayente, merced a lo que más se parece a la escena y al tablado del corral de comedias.

En una interesante página de un sermón de 1603 en honor de la Inmaculada, Murillo propone un panorama de la *Historia Salutis*, contaminada ésta por el pecado que entró en el mundo desde su origen. “No dije mal en decir - expone- que me parecía un retrato de lo que es el mundo (habla de Mt 1), y un teatro de lo que se representa en él”. Da a continuación tres

Granada en especial) el seguimiento de los Padres. En el discurso IV de la *Vida y Excelencias de la Madre de Dios* (tratado I, titulado: “De la Purísima Concepción de la Serenísima Reina de los Ángeles y Madre de Dios María”), Murillo dedica páginas a los padres de la Virgen, hasta el punto de convertir ese tranco en monografía, como si se tratara de un sermón incrustado. Pero no podía el predicador dejar pasar la ocasión: el nombre de Ana quiere decir *gracia*, “porque los padres de la Virgen la recibieron muy grande en alcanzar de Dios con sus oraciones que produjese tal fruto cual fue la Serenísima Reina de los Ángeles, María”. El nombre de Joaquín “quiere decir preparación del Señor”. Encontrar misterio – *sacramento*, dirá Diego de Arce muchas veces- es modo de deleitar aprovechando, pero es igualmente imaginación subida, metáfora. He aquí la convicción. “No carecen de misterio estos nombres, que aún hasta en eso resplandeció la providencia de Dios, en los padres de su madre gloriosa”.

documentos para instrucción de nuestras costumbres, que podrían ser argumentos de cualquier obra dramática. El primero: que es tal la mezcla de buenos y malos en nuestro mundo, que la genealogía de Cristo, ni siquiera se libra de ello. El segundo: que la inconstancia del mundo es grande e inevitable; los que hoy vivimos tan bien, estamos sujetos a la inconstancia. Y el tercero: puesto que todo en el mundo es codicia de los ojos y apetito de la carne, andemos temerosos, ya que son muchos los lazos. Acaba la página con un diálogo de Dios con S. Antonio Abad, mientras éste como un actor de las comedias de santos exclama. "O soberano Señor, y quién se podrá librar de tantos lazos?"¹⁹.

Sermocinatio, prosopopeya, dialogismo, son figuras retóricas que nos abocan a un uso muy propio de la Escritura. Se le da voz a elementos que no poseen boca, o se pone en boca de alguien lo que el predicador querría decir con propia voz y gestos. Llegan, pues, momentos del sermón en los que la tercera persona se borra en honor de la primera y segunda. El tú, el Vos, el yo, se enseñorean del púlpito como del tablado²⁰.

Los textos dialógicos que ofrecemos ahora giran en torno a la Virgen, pero de una misma laya los vemos presentes en otros muchos acontecimientos litúrgicos o paralitúrgicos²¹. Práctica, por cierto, usual en la piedad cristiana.

En un momento dado, critica el orador supervalorar sólo la nobleza del cuerpo, y entonces ve muy propio subir al estrado el salmo 29, 10 (*Quae utilitas in sanguine meo?*). Siempre que alarga una cita en latín (sabido es que son muchas; como muletilla culta) la traduce con esta otra muletilla:

¹⁹ *Vida y Exc.* 375-377. Teatralizaciones similares en pp. 121-123., en las que se recitan versos y frases (se toman de una Poliantea en la voz *nobilitas*) de Juvenal, Ovidio, y Séneca, quien coloca en boca de Hércules el fragmento de una de sus tragedias. Una vez más teatro y púlpito conjugan a la par, pero no sólo como vehículo social (aspecto más estudiado), sino desde talantes puramente literarios (aspecto menos estudiado). Por supuesto, cientos de veces servidos por literatura bíblica.

²⁰ H. Lausberg entresaca del diccionario francés la definición de una de estas figuras literarias, y ve más posibilidades ahí que en la definición del diccionario español: "Figure réthorique que consiste á mettre sous la forme de dialogue les idées ou les sentiments que l'on prête á ses personnages". Cfr. *Manual de Retórica Literaria. Compendio*. Ed. Gredos, 1983, 218.

²¹ Cfr. Francis CERDAN: "La oración fúnebre del Siglo de Oro. Entre sermón evangélico y panegírico poético sobre fondo de teatro", en *Criticón* 3 (1995) 78-102. He refrendado en esta misma revista, parecida retórica en torno al Juicio Final y la Escatología en los sermones áureos.

“como quien dice...” A esa traducción aporta Murillo siempre un plus popular. Esta vez reza así. “Qué provecho me viene a mí de la nobleza y sangre real, siendo verdad que voy bajando (como el pobre labrador) a convertirme en polvo y corrupción hedionda?” Entromete, de paso, una cita de un poeta (*post hominem, vermis, post vermem...*) y traduce, como apostrofando: “Por muy hombre que seáis, y por noble que os apreciéis, han de suceder a esa nobleza, gusanos... Qué sacaron los Césares, los Escipiones, los Alejandros...?”

De semejante manera, con un salmo -conocemos ya ese contexto- Dios es comparado al *murus et antemurale* en la ciudad que se ha forjado él mismo, es decir, María para que allí habite Cristo. Vimos que no podía venirle daño alguno a la ciudad por fuera de parte del enemigo (no dejó que llegase a ella el pecado original), pero daño por dentro tampoco. El Salvador se puso en medio de la ciudad (*antemurale*) para tenerlo todo pacificado. Tal poliorcética se ayuda del salmo 45 y del libro IV de los Reyes (19, 32-33). pero lo interesante ahora es que pone a hablar a Dios ajustándole las palabras del rey Ezequías:

“Y si quiere saber el mundo la ocasión por qué tengo tal providencia y tan particular cuidado de esta ciudad, quiero que todos lo entiendan (...) Seré protector de esta ciudad y la salvaré de las manos del enemigo haciendo que no llegue a ella. Primeramente por mi misma honra (...) y lo segundo por amor de mi siervo David”, (es decir, Cristo)²².

Juzgue el lector, oyendo esto, de la defensa del privilegio de la Pura Concepción, y de no haber caído ni por un momento en las manos del enemigo la ciudad-virgen.

A su vez, para la tradición cristiana, el Cantar de los Cantares pasa a la liturgia como una gran fuente mariana. El epitalamio natural de la Corte salomónica se convierte en epitalamio a lo divino. Un talante, efectivamente, de larga tradición en muchas literaturas posteriores; en la hispana de modo palmario, como es notorio. Murillo da un paso adelante afianzando esos textos y dándoles dramaturgia. Hablando de los padres de la Virgen, Dios pretende llenar las esperanzas de éstos. Publica el predicador:

“Antójaseme que diría Dios al corazón de Sta. Ana aquellas palabras de los Cantares: *quae habitas in hortis...fac me audire vocem tuam* (8,13). Como quien dice, a vos digo, la que habitáis en los huertos, pues habéis salido a ellos para pedirme mercedes, mirad que mis amigos los Ángeles

²² *Vida y Exc.* 118-119.

están escuchando el sonido de vuestra voz, como si fuese una música suave; haced que oiga yo vuestra voz, aunque os escuchen ellos”.

De aquí a las comedias de nuestro teatro áureo, media un paso. Tantos son los parecidos dialogales. La dramaturgia se hace presente, además, por la decoración, por la visualización. En nuestro teatro clásico (en el corral, sobre todo) el decorado era más de palabra que de obra. He aquí, entonces, que las palabras brillan más si parecen tocarse con los ojos. Recordemos a Lope y a los demás. Los cinco sentidos del cuerpo humano parecen abrirse a toda sensación. Creer así es crear. La Biblia aporta, además, inmejorables documentos que el predicador aprovecha avaricioso. Sacaré a relucir aquí sólo algunas páginas de Diego Murillo. Hablando de María, o de sus padres, se habla de la zarza, de la ciudad encima de un monte, del Arca, y en fin, de la nave²³. Toda una simbología bíblica. “María - se nos dice- fue la nave de quien dijo el Espíritu Santo en los Proverbios: *facta est quasi navis institutoris, de longe portans panem suum*. Pan, en griego, quiere decir todas las cosas”. Y a continuación se nos presenta esa nave, pero describiendo para los ojos las riquezas que porta llegando al puerto. *Los tesoros del cielo aportaron en el vientre purísimo de Sta. Ana, y nos llegó la nave*, dice. La descripción, como si fuera la de una nave que viene de Indias, es ejemplo de movimiento barroco: “aquí se descargan las barras de oro; allí las de plata, acullá las piedras preciosas, aquí ponen las drogas, allí las especies aromáticas; en esta parte el ámbar o almizcle, en la otra, el algalia...”

Juzgue otra vez el lector si la acción (*drao-* dramaturgia) no se hace dueña de la decoración, y si ésta habla o no a los ojos. El símbolo de la nave- se recordará- ocupa los autos sacramentales, como el agua ocupa el estanque. Véase *El Veneno y la triaca* de Calderón, por citar sólo un valioso caso. Descripción y diálogo vienen aliados.

Como tantas veces, la Escritura ha sido usada, a través del Libro de los Proverbios, aumentando su porte. Quiero decir aportando otros sentidos, y por supuesto, otros fines catequéticos. En concreto, la admiración hacia un Dios que tantos bienes nos procura.

²³ Párese mientes en que cada una de estas *visualizaciones* y símbolos son *hechos narrativos* en el Antiguo Testamento, teofanías continuas. Se convierten después en iconos para las artes plásticas, y por boca de los predicadores en una interpretación y acomodación, lejos de la lectura primigenia y del sentido literal con que nacieron. Ciertamente, el “hablar a los ojos”, a propósito de la Virgen, conecta con un modo de expresión del sermonario barroco. Un modo, efectivamente, extendido así en muchos géneros literarios y plásticos. Recordemos ahora una obra de nuestro profesor Mariano Baquero: *Visualidad y perspecti- vismo en las Empresas de Saavedra Fajardo*. Murcia 1997.

6. *La Pura Concepción: aprovechamientos históricos bajo textura bíblica*

A esta distancia de siglos, uno de los aspectos destacables en punto a la Inmaculada se ofrece como tranco histórico que dio lugar a una amplia religiosidad popular. Lo que pareciera sólo un fragmento mariano de esa religiosidad, se erige en punto central, y en muchas cosas más. Por de pronto, se erige en un lienzo de modos de pensar y sentir. He creído siempre que los sermones son una fuente de historia hispana que no aprovechan los historiadores ni hispanos, ni foráneos. Y no me refiero sólo a los historiadores de las mentalidades²⁴. Acabamos de ver lo que suponía el arribo de una nave de Indias como acontecimiento social. Pero mucho más imponente es, socialmente, la historia de las rivalidades cosidas y anudadas a la religiosidad popular. Dan ganas de pensar que, de no haber mediado en la Pura Concepción un debate tan beligerante (a veces, entre las propias órdenes religiosas, y sus cofradías), y con ese arraigo y crecimiento, no sería lo que mostró siempre en España. Recordemos, con similar talante en Semana Santa, a las cofradías enfrentadas sanamente, también menos sanamente, pero de enorme producción antropológica consiguiente en cada celebración.

En el *novenario de discursos predicables* de Murillo, varias veces citado, precisamente al IX se le presenta así: “De las razones que tiene el Cristianismo para celebrar las fiesta de la Concepción de la Virgen con singular regocijo”. Y añade que, aunque no parezca la fiesta más grande de María en el año (la historia posterior se encargó de contradecirle), no se puede negar que este día “parece que los fieles se muestran más regocijados, la ciudad más bulliciosa, los templos más frecuentados, y todos comúnmente más deseosos de oír la palabra de Dios, y en ella, ponderadas con más estudio que en otros sermones, las excelencias y prerrogativas de la Santísima niña, cuya concepción se celebra”²⁵.

²⁴ Que el sermonario no ocupa sitio todavía en la misma historia de la Iglesia, nos lo demuestran publicaciones recientes. Brindamos ese aspecto a un historiador del dogma de la Inmaculada tan prestigioso como Stefano M. Cechin. Igual que él cita a S. Leonardo de Puerto Mauricio, caben tantos otros de siglos anteriores. Sabemos que este franciscano anda empeñado en reunir una gran biblioteca mariana en Roma, donde no faltarán los predicadores hispanos. Véase entre tanto su obra divulgativa, con motivo de los 150 años de la definición dogmática: *L' Inmacolá Concezione. Breve Storia del dogma*. Ed. Pontif^a. Acad^a. Mariana Internationalis. Città del Vaticano, 2003.

²⁵ *Vida y Exc.* 98.

He ahí un dato histórico que atiende a dos puntos: uno, a cómo crece el sentir popular hacia la Inmaculada; otro, a cómo hay que preparar los argumentos, quizás con más tino que en otras predicaciones. Dos datos sugerentes en la historia religiosa. Es creíble eso de los sermones más estudiados, merced a la rivalidad, y a las argumentaciones, por si acaso hay polémica (que la hubo y mucha). Estas páginas de Murillo aprovechan la ocasión para trazar una breve historia de falsas doctrinas contra la Virgen desde la antigüedad, y si se trata de la Inmaculada, sacar a la palestra a los defensores de ésta: Duns Escoto, Gerson, Marsilio, Castro, Covarrubias, etc. Recorrido histórico al que no puede faltar el acompañamiento bíblico, aunque sea a su aire. Unos textos de la Escritura se combinan con otros. El efectismo está asegurado, pero esa historia azuza la rivalidad al modo de defensa guerrera. De ahí que María sea *tamquam flumen*, ímpetu de río, como quiere el salmo 45, 5. E ímpetu tal que (Ap 12, 16) nada puede en contra ese dragón que dispara agua por la boca²⁶.

De esta historia lo que duele al predicador es que se haya sufrido no sólo por bocas de herejes (cual si fueran dragones), “sino también por católicos, y aun de los muy devotos de la Virgen. O válame Dios y qué de argumentos se han buscado para impugnar su Purísima Concepción; han sido tantos que parecían avenidas de arroyos que se juntaban todas a hacer un río furioso contra la pureza de esta Santa Ciudad”. Obsérvese el semantismo del agua bíblica aquí. Da tanto para acarrear historia mariana a favor como en contra, y sobre todo para que el poder de Dios sea ostensible. Une el ímpetu del agua con la ciudad por defender. Por eso dice: “Madrugó Dios de mañana para socorrerla; ¿quién había de poder contrastarla? Antes, el ser impugnada ha sido para mayor gloria suya y para más crecido contento y regocijo de toda la Iglesia”. Rivalidad, pues, que benefició la expansión de prosa, poesía, teatro, pintura, monumentos, calles, y hasta que media España porte todavía el nombre de Inmaculada o Concha desde su bautismo. Algo difícil de entender ante una creencia tan abstracta como ésta. El arraigo popular se buscó sus vías, como siempre. He ahí un buen tema de historia.

Merece adjuntarse a ésta la parénesis con ocasión de la Pura Concepción. Cuanto el predicador aplica al vivir cotidiano convierte al púlpito en excelente atalaya para conocer una época, en sus virtudes y en sus miserias.

²⁶ Del *Cantar de Cantares* (4, 15) extrae ahí mismo el *puteus aquarum viventium quae fluunt de Libano*. Y del cap. 8 (que se halla en la antifona 2ª del Oficio de la Concepción; en los Maitines) esto otro: *aquae multae non potuerunt extinguere charitatem, nec flumina peccatorum obruent Mariam*.

De entrada, estos discursos predicables marianos de Murillo de 1610, en su tomo primero, y comparados con otros sermones suyos (de santos, por ejemplo), no abundan excesivamente en páginas parenéticas. Se diría que su tono de discurso avanza más por otros puntos. Él mismo tiene del sermón estricto un concepto de más libertad. Sin embargo, es imposible que un predicador y un púlpito desconozca esos aterrizajes en la vida práctica. Y cuando lo hace, nuestro interés, inevitablemente, sube muchos enteros, puesto que se explyea en muchos aspectos de la vida cotidiana. Oírle hablar, por ejemplo, de la belleza de María junto a la de Ester produce toda una literatura de género, pero, a la par, toda una literatura que va por la *via pulchritudinis*. Ocasión ofrecida por la belleza de María, ciertamente. Es ello más evidente cuando un discurso predicable de su obra *Vida y Excelencias de la Madre de Dios* anda íntegramente dedicado a la hermosura corporal de la Virgen. Siendo la Pura Concepción una idealización del *de María numquam satis* (San Bernardo al canto), imaginemos la belleza femenina y sus complementos, que ese sermón exhala como pintura de la mujer de nuestro Siglo de Oro. No anda tampoco lejos de la literatura galante y sublimada de siglos anteriores. Adviene por aquí una belleza ejemplarizante, y no sólo para la mujer hispana, sino como proyección que el mismo hombre hace de la mujer. En un ámbito moral siempre receloso de la belleza femenina que arrastra a tantos desvíos, la Inmaculada eleva las sendas de la belleza hacia la cumbre. Quizás será bueno aprovechar estas vías como servicio a la estética. La belleza de la Inmaculada, aun en el arte según avanza el Barroco, se va representando más idealizada, más etérea, más cerca del cielo (azules, nubes, ángeles, estrellas), y si queda algo terráqueo (la bola, el dragón, la media luna) es para ponerlo a sus pies. Sin embargo, la estética corporal de la Virgen en los predicadores alcanza momentos logrados. Naturalmente, la literatura hace ahí su acopio.

A veces, tenemos la impresión de que aprovechan poco estos predicadores (para la *via pulchritudinis*), la ocasión que les brinda la Inmaculada. Quiero decir: se hace derivar escasamente tanta belleza de que María sea exenta de mancha original. Y eso que para la justificación de tal belleza se vale, al menos Murillo, de los mismos argumentos que los de la Pura Concepción escotista. Veásmolo: “De donde colijo que Dios supo, pudo y quiso hacer una madre que venciese en hermosura a todas las otras mujeres”. Esta argumentación - que arranca del estado preternatural en la nueva Eva, María- es la mejor *via pulchritudinis*, puesto que la belleza es notada como una recuperación del tiempo perdido. A diferencia de nuestra época actual, en que la hermosura de la mujer en publicidad, cine, TV, cómic, se impone como tentación y caída, la que procede, en cambio, de un estado preternatural será vista como más originaria, sin mancha, prístina. Por suerte, esta

predicación de María Inmaculada parte de los orígenes en los planes de Dios. Planes que regenerarán también la belleza hasta dejarla inmarchita en los cielos nuevos y la tierra nueva, de la literatura profético-apocalíptica, y de nuestra propia fe. Tal servicio a la estética de oradores de la Orden de San Francisco da cumplimiento a unos versos de un poeta actual (el P. Fermín) que dicen. "Hemos renunciado a todo/, menos a todo lo bello/. Sólo es alma franciscana/ la que alberga el Universo".

Existe un punto para la historia, en lo tocante a la Inmaculada, que extraña, pero que se aviene con la religiosidad popular. Hablo de concepción sin pecado, virginidad en grado extremo, pero que no resulta oponente con maternidad de María. Lo que pudiera parecer una contraposición inalcanzable, con el peligro de imposibilidad de ser imitada en sus virtudes (no había ni *fomes peccati*), se va convirtiendo en una admiración hacia los aspectos más valiosos para el pueblo. Por ejemplo, unir virtud de mujer fiel-virgen en sus amores con maternidad. Dos puntos cruciales de la antropología española tradicional. La madre que se comporta así es una *veneración*. Cantares, coplas, dichos, refranes sobre ello llenan el aire en España. La contradicción no aparenta ser tanta en la práctica del pueblo llano. Más aún, los bienes de un estado preternatural (ahí se incluiría a María) perdidos por todos nosotros son reconducidos por el predicador Murillo como miserias de un valle de lágrimas, tocadas por la omnipresente cita bíblica. Saber que María se ha librado de ese decálogo de dolores no empece el poder imitarla. Es curioso cuán distinta es esa visión de la usual en la Pasión. Ahí María toca tierra como nunca. Sin embargo, la pedagogía del mediador consiste en no hacer escisiones. María, sufriente madre, es también María, librada del pecado original. He ahí un dato que interesa a la historia y a la antropología. Muy cargado de hilos y flecos.

Armonizando, pues, ese querer ser virgen, por un lado, pero oír el anuncio de Dios que lleva a María a la maternidad, Murillo pronuncia desde el púlpito: "Que las mujeres casadas, aunque las vistan del sol y las adornen de estrellas y las pongan sobre la luna, no están contentas si no se ven madres"²⁷. Y como la Escritura todo lo apoya, citando el Apocalipsis (12, 1), nos dice que una mujer coronada de estrellas, vestida de sol, a la par, es pintada así: *cruciabatur ut pareret*.

Por lo que atañe a otros aspectos de la España de los Austria, no es baladí cuanto escribe el predicador acerca de la nobleza de María, y por consi-

²⁷ En la edición que yo manejo (sita en el Instituto Teológico OFM de Murcia) un fraile lector de siglos anteriores ha subrayado esa última frase. Pensaría repetirla en próximos púlpitos.

guiente de los linajes y noblezas del momento. Ciertamente el texto de Mt 1 casi empuja al predicador a tocar tal tema. Hemos citado ya el sermón pronunciado en Zaragoza con la Inmaculada al fondo, y con muchas páginas sobre la nobleza. Da la impresión de que Dios quiere la nobleza sin más, por el hecho de que existe, aunque rebaje sus grados fray Diego: “Glorioso día es este para los nobles, pues siendo verdad que el redentor del mundo hizo tan poco caso de las demás cosas que precian los que viven en él, quiso autorizar la nobleza de tal manera que la escogió para sí, queriendo que fuese noble su madre”.

Existe un interés en resaltar el linaje de María, y tal interés en su correspondiente nobleza es un signo de la época. Por eso, se trata de apuntalar y bien casar texto bíblico con linaje, sabiendo que escucha el sermón una nobleza que tantas conexiones tiene con la Iglesia. Son aspectos que nunca deberían olvidarse en ese contexto, aunque nos queden un tanto a trasmano de nuestra mentalidad actual.

Pero el predicador, que es hábil, no se pierde en ditirambos a tal nobleza sin más. Si tiene la convicción de que el linaje real de María es porque procede de David (esa línea busca Mt 1 con intenciones de unir ambos Testamentos), Murillo recalca en describir qué sea nobleza: “antigua posesión de riquezas, acompañada de oficios honrosos, con buen gobierno y virtudes”. De las cuatro características que ahí se muestran, la última le escuece más. Escribe galano que “sin la virtud aun la gente secular y profana tenía por constante que no podía haber nobleza, porque no hay claridad de linaje que no la escurezca el vicio”.

Tomamos cuenta de que así como abunda en la época una literatura de *instrucción y consejos al Príncipe*, también abundan los consejos a la nobleza en los predicadores. Murillo es ejemplo preclaro. De hecho, las cuatro características mentadas las va a fundamentar en la propia Biblia, casen o no del todo con ésta. Con lo que se avienen perfectamente, en cambio, es con el fin propuesto de enseñanza a la clase alta de la sociedad. Veamos: si buscáis por una parte *antigüedad*, nos dice, hay tanta que Mt 1 cuenta desde Abraham a Cristo, y no para el mismo S. Lucas de ir más adelante, y llega hasta Adán, “y de allí al mismo Dios, que también Dios pertenece a esta generación, como verdadero padre de Cristo”. Y si buscáis *posesión de riquezas* también las hallaréis, porque aquí se cita a Reyes. O de Abraham se dice “Gén 33,29 que era *dives valde in possessione auri et argenti*. Y si buscáis *virtudes*, toparéis con la fe de Abraham, la obediencia de Isaac, la mansedumbre de David, el celo y religión de Josías...”²⁸.

²⁸ *Vida y Exc.* 120,

He ahí una Escritura al servicio de una parénesis todavía válida por las páginas que siguen. Parénesis es historia en grado sumo. Sabe el predicador que tiene delante a gente cualificada en la vida social. De aquí que se valga de más testimonios de literatura profana que nunca. Una excepción casi diríamos entre los cientos de páginas dedicadas a la Virgen. Apunta a este fin: que existen dos maneras de nobleza. Una, heredada; otra, adquirida. En lo tocante a la primera, habla como lo hacen otros géneros literarios. Por ejemplo, la citada de consejos al príncipe, o el propio teatro, o la Picaresca, cada cual con su estilo más propio. Esta nobleza heredada no puede contentarse sólo con la antigüedad “poniendo su felicidad en los famosos hechos de sus antepasados, en unas banderas rotas, y en unas adargas viejas cargadas de polvo, que tienen colgadas a la entrada de sus palacios; no es nobleza, sino vanidad la suya”. Tal crítica, no exenta de ironía, se acompaña de esto: “la virtud sola es la que hace a los hombres verdaderamente grandes y nobles” (traducción libre de un texto de Ovidio en las *Pónticas*). Jactarse de antepasados se parece a ir vestido de prestado, añade, es más afrenta que honra. Agrega, en fin, que esas adargas, escudos, banderas con polvo antiguo, son unos predicadores mudos que tácitamente están reprendiendo la ociosidad de sus costumbres afeminadas. Son páginas duras, valientes, y de brillante literatura. Lo cual nos permite contemplar cómo una genealogía de Mt se divierte luego hacia retratos de la historia. O hacia una parte de esa nobleza, al menos.

En el primer sermón de la Inmaculada (de los publicados en 1603) Murillo desarrolla la idea de genealogía, siguiendo a Mt 1. Dice que “no es por favorecer con esto a la vanidad de aquellos que se precian mucho de caballeros y nobles”. Apostado en el tópico del *ubi fuerunt?* dispara sus ayes e interrogantes: “¿Hay alguno que se haya eternizado por ello? ¿O a quien haya tenido respeto la muerte? ¿O que después de muerto no se haya convertido en polvo?” Poco vale, pues, envanecerse de la nobleza del cuerpo, cuando cuenta más la del alma²⁹. Murillo, que sin duda trató con parte de la nobleza, y en momentos difíciles para Aragón con Felipe II, conocía bien los vaivenes sufridos dentro de la alta sociedad. Tiene mucho de fiel testi-

²⁹ *Serm. Adv.* 378. A las muchas cualidades de Diego Murillo (poeta, educador de novicios, predicador, lector de teología) no le faltaba la de historiador. Lo demostró en su obra *Fundación milagrosa de la Capilla Angélica y Apostólica de la Madre de Dios del Pilar y Excelencias de la Imperial Ciudad de Zaragoza*. (Barcelona, 1616). Si bien la obra, por un lado, se deja llevar por tradiciones apostólicas que apuntalan la devoción al Pilar, por otro, se convierte en fuente de consulta acerca de la ciudad a principios del siglo XVII: universidad, iglesias, conventos, órdenes religiosas, etc.

go el fraile zaragozano. Estamos ante una predicación clásica, pero que aprovecha, como en las Danzas de la Muerte, en los sermones funerales, y en las Coplas de Jorge Manrique, una argumentación perenne sobre el *sic transit gloria mundi*.

Quiero destacar, para finalizar en punto a esta historia, la labor equilibrante del predicador: por un lado, ve a la nobleza como socialmente útil y poco menos que como querida por Dios (hasta con pruebas de Escritura, quién lo dijera); por otro lado, apunta al sentido auténtico de la nobleza. Ese equilibrio lo muestra un retazo histórico de la mano de algo que conocemos ya: un *exemplum*. Pero esta vez el profano, no el bíblico, el cual nos pone muchas luces como contexto iconográfico de la Purísima. Citando a un poeta, habla de los de Arcadia. Tenían la luna por símbolo de nobleza, y los nobles llevaban medias lunas en los zapatos. En lo cual se significaban tres cosas:

“La primera que así como la luna no tiene de sí misma luz, sino la toma prestada del sol, así la nobleza para tener lustre ha de tomarla de la virtud, porque sin ella, es como luna eclipsada. La segunda cosa que querían significar era la inconstancia de la nobleza, que no hay ninguna que no padezca sus menguantes y crecientes como la luna. No hay linaje que no se acabe, y lo poco que dura, padece mil altos y bajos, ya escureciéndose y ya resplandeciendo algún tanto, padeciendo más mudanzas que la misma luna que lo significa. Y de aquí les nació a los arcadios, la tercera cosa que querían significar, poniendo la luna en los zapatos, para dar a entender que la nobleza del cuerpo no se ha de poner sobre la cabeza, para ensoberbecernos, sino debajo de los pies para hollarla y menospreciarla”³⁰.

El colofón es claro: los evangelios no dan una lista de los progenitores de Cristo para favorecer la vanidad, tentación que ronda a tantos nobles. La cita inmediata le viene ajustada: en Ap 12, 1, la mujer vestida de sol, tiene la luna debajo de sus pies, sirviendo de chapines.

Fusión, como vemos, de Escritura, historia de la época, contextos icónicos y retórica. Contaba mucho el aprovechar deleitando. Si la Virgen salía exaltada, todos los *sensus* de la Escritura serían de provecho. Ganaba el púlpito, una determinada piedad, y unas adoctrinadas masas de fieles.

³⁰ *Ibíd.* 378.